



Robert Coover
Noir



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

ROBERT COOVER

Noir

Traducción de Benito Gómez Ibáñez

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Estás en el depósito de cadáveres. Donde hay una luz extraña. Sin sombras, pero como en negativo, como si la luz misma fuese sombra al revés. Los fiambres no están a la vista, temporalmente archivados en cajones como datos de carne, congelados a su propia temperatura desangrada. Sus historias no han concluido, sólo que ellos no podrán leerlas. En tu oficio, no es tanto un lugar donde las cosas terminan como un sitio en donde empiezan. Después del preámbulo habitual: te quedaste hasta tarde en el despacho. Recibiste una llamada. Te pusiste la vieja trinchera con agujeros en los bolsillos, enfundaste la pipa en la sobaquera y te dirigiste a los muelles. El escenario del crimen. Una oscuridad de pesadilla como siempre por allí, incluso en pleno día, con la única iluminación de oscilantes farolas sin brillo, las reflectantes y húmedas calles, aun sin emitir luz propia, más luminosas que las lámparas. Todo enmudecido como albergando actos abominables tras las ventanas enrejadas y las puertas atrancadas. Olor a gato encerrado. Un agua negra lamía los embarcaderos de cemento y los pilotes de madera en algún sitio por abajo. Algunos gritos de gaviotas: pálidos cuervos marinos, hurgando en la basura. El habitual grupito de mirones, borrachos, polis, vagabundos, el rostro velado por gorras y sombreros. Una calaña perversa y siniestra. Rebuscando también en los desperdicios. Te abriste paso entre ellos, las manos en los bolsillos de la trinchera. Pero llegabas demasiado tarde. Ya habían trasladado el cadáver a la morgue. Sólo ha-

bía un torpe dibujo a tiza en los adoquines húmedos, una mancha roja en la entrepierna dando una cruda identidad sexual a la silueta. Allí estaba Blue. Como esperabas. Su sector. ¿Qué estás haciendo aquí?, preguntó. Sólo dando un paseo, Blue. Comisario Blue para ti, gilipollas. Señor Gilipollas para usted, Blue; era cliente mía. ¿Quién era? Te encogiste de hombros y encendiste un cigarrillo. ¿El cadáver? ¿El asesino? ¿El soplón? Ni idea. La única conexión de que estabas seguro era la llamada. Más abajo veías un transbordador, con la popa contra el muelle, el portón del garaje abierto. Lo que resultaba inquietante. Podría haber sido cualquiera. Venido de cualquier parte. Habrá que comprobar la lista de pasajeros. Si la hay. Lo que significa complicaciones.

Ahora, en el depósito, el encargado de noche te dice que han traído un cadáver, pero ya no está. Deben de haberlo robado, dice. ¿Cómo coño van a haberlo robado, Gusano? No sé, tío. Llevo aquí toda la noche. Estaba aquí y luego no estaba, no sé más. Le sueltas unos cuantos sopapos para recordarle los riesgos de perder un cadáver y le preguntas qué aspecto tenía.

Altura media, bien provista, uñas de los pies pintadas pero poco maquillaje, sin joyas, pelo tirando a rubio, felpudo del mismo color.

¿Estaba desnuda?

Cuando entró, no.

¿Dónde está su ropa?

Desaparecida, también. Menos esto. Te entrega un velo negro y vaporoso. Lo reconoces. O eso crees. Te lo guardas en el bolsillo y das media vuelta para marcharte.

Una cosa más, dice el Gusano. Te vuelves. El coño, dice, acariciándose. Ves la chispa en sus ojillos de zumbado.

¿Sí?

Cremoso. Suave. Como terciopelo húmedo.

Era última hora de la tarde cuando apareció por primera vez en tu despacho. Blanche había concluido la jornada. Que declinaba, ya había poca luz. Puede que lo planeara así, apareciendo como si trajera la noche consigo. O arras-trándola a su paso. Vestía de luto, como toda viuda, el rostro cubierto con un velo. Conocías bien su tipo. Pero había algo en ella. Una preciosidad, desde luego, aunque no sólo eso. Una especie de presencia, además. Tenía aplomo, serenidad, pero también cierto aire vulnerable. Dura pero sensible. Podría tratarse de una visita social, pensaste, quitando los pies del escritorio para hundirlos en las densas sombras del suelo. O tal vez estuviera ocultando un crimen, temiéndolo, planeándolo. Temiéndolo, fue lo que dijo. El suyo. Quería que siguieras a cierta persona. Te entregó un papel con un nombre escrito. Intentaste no dar un respingo. El Baranda. ¿Cómo es que tiene usted algo que ver con este individuo?, preguntaste.

Era socio de mi difunto marido.

¿Por qué difunto? ¿Qué le pasó?

No lo sé. Pensé que usted podría averiguarlo. Oficialmente fue un suicidio.

Pero usted cree que podría tratarse de asesinato, dijiste. Se sentó, bajó los ojos. Asintió una vez con la cabeza, quizá. O así fue como interpretaste su gesto. No va a ser fácil, pensaste. Ese individuo está protegido por un ejército de matones y dicen que tiene media docena de sosias que van por la ciudad sirviendo de señuelo. Aunque resultaba difícil saber quiénes eran porque en primer lugar nadie conocía el aspecto del auténtico.

La viuda parecía estudiar sus pálidas manos, los dedos entrelazados en su negro regazo. Tú hacías lo mismo, le observabas las zarpas: dátiles sensuales y expresivos de una tía en la treintena, poco habituados al trabajo duro, únicamente adornados por una alianza. Con un buen pedrusco. Por eso no llevaba guantes. Ni rastro de nerviosismo ni incertidumbre. Sabía lo que hacía, fuera lo que fuese.

Aquella mujer significaba problemas y sin duda lo más sensato habría sido mandarla a paseo. Pero hay que pagar el alquiler, no te sobra el trabajo para rechazar a nadie. Y además, te gustaban sus piernas. Así que, en cambio, aun sabiéndote su historia antes de escucharla, la inevitable crónica de cama, dinero, traición (¿qué coño le pasa al mundo, de todos modos?), le pediste que te la contara. Desde el principio, dijiste.

No soy de la ciudad. Pasé mi infancia en una pequeña localidad lejos de aquí, un sitio muy bonito con pulcras calles bordeadas de árboles, jardines bien cuidados, iglesias y colegios cerca de casa, y un soleado parque central con un quiosco de madera blanca donde los fines de semana tocaban bandas de música. Un pueblo en el que todo el mundo se conocía, se quería y se saludaba por la calle y nadie tenía miedo. De lo que me acuerdo ahora es de la cantidad de luz que había. Mi padre era el farmacéutico y enseñaba en la catequesis de la iglesia; mi madre celebraba partidas de *bridge* y trabajaba de voluntaria en la biblioteca municipal. Yo era *majorette* y mi hermano pequeño, un chico despreocupado, jugaba en el equipo de baloncesto del colegio. Éramos muy felices. Yo estaba enamorada del capitán del equipo de fútbol americano del colegio y él me correspondía. Pero entonces mi padre nos sorprendió un día en lo que equivocadamente tomó por una situación comprometida, y en un acceso de ira me echó de casa. Cuando llegué a esta ciudad sólo tenía dieciséis años, estaba sola en el mundo y sin un centavo en el bolsillo. Me encontraba, como puede imaginarse, sumida en la mayor miseria y desolación, abrumada por la pena y la desesperación, enfrentada a la dura realidad de la pobreza y la soledad, muerta de miedo. Pero entonces, por un golpe de suerte de lo más propicio, como ya no creía que me ocurriría jamás, pude conseguir un trabajo de em-

pleada de hogar en casa del hombre bueno y generoso que más tarde, después del fallecimiento de su preciosa mujer, a quien amaba tiernamente y cuya muerte casi acarrió la suya, se convirtió en mi marido. Atendí a su esposa en lo más crítico de su enfermedad hasta el fin de sus días, mientras él lloraba junto a la cabecera de su cama. El pobre se quedó tan destrozado cuando ella murió que debió guardar cama y tuve que cuidarlo a él también. Nos tomamos cariño y con el tiempo nos casamos. Y ésa es toda mi historia, salvo por la trágica y misteriosa muerte de mi marido que me ha traído aquí esta tarde.

Se llevó una mano a los ojos bajo el velo negro en el despacho cada vez más en sombra (afuera, la luz de neón emitía sus balbucientes latidos nocturnos) para enjugárselos con un pañuelo blanco de encaje. Hasta que hizo eso, creíste su historia porque no había motivo para no creerla. Ahora, parecía tan llena de resquicios como su velo negro. Tenías un centenar de preguntas que hacerle, pero con un murmullo de seda cruzó las piernas y se te olvidaron. En cambio le dijiste que era un encargo difícil, necesitarías contratar a algún ayudante, tendría que adelantarte algún dinero.

Descruzó las piernas (creíste ver chispas) y, tras buscar en el bolso, te entregó un buen fajo de billetes. No es preciso contarlos. Estoy segura de que le parecerá suficiente. Más lechugas juntas de las que habías visto fuera del mostrador de ensaladas de Loui's, pero lo tiraste desdeñosamente sobre el escritorio, encendiste un cigarrillo y, lanzando una nubecilla de humo hacia ella como una pesquisa indagatoria (o quizá, sólo de forma indirecta, para magrearla un poco), dijiste que verías lo que podías hacer.

Se levantó para marcharse, pestañeando por el humo. ¿Qué significa la M, señor Noir?, preguntó, indicando

con la cabeza el rótulo de la ventana que daba a la calle a tu espalda, y que desde dentro se veía al revés: PHILIP M. NOIR / INVESTIGACIONES PRIVADAS.

Apellido, contestaste. Lo pensó un momento, luego se dirigió a la puerta, las medias susurrando tenuemente como un silbido a través de labios no del todo fruncidos. Recordaste una de las preguntas olvidadas y, cuando se detuvo en el umbral, con la silueta recortada bajo la bombilla que colgaba en el pasillo, se la formulaste: ¿Ha dicho que su padre la sorprendió en una situación comprometida...?

Sí, bueno..., estábamos desnudos. Pero era algo enteramente inocente. Éramos jóvenes y curiosos.

Todos hemos pasado por eso, dijiste, tratando de imaginarte la escena. Pero ¿dónde...?

Oh, en el quiosco de música, si quiere saberlo. Un domingo por la tarde. Pretendíamos hacer una colecta después. Para una obra de caridad. Una idea pueril, lo sé...

Título de la edición original: *Noir*
Traducción del inglés: Benito Gómez

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037 Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: marzo 2012

© Robert Coover, 2010
© de la traducción: Benito Gómez, 2012
© Galaxia Gutenberg, S. L., 2012
© para la edición club, Círculo de Lectores, S. A., 2012

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 6994-2012
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-4861-6
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-968-3
N.º 27524

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)